

La planta que llaman droga

El 5 de mayo era un día gris, frío y el cielo amenazaba con más lluvia. Mientras las ciudades de Durazno y Mercedes empezaban a inundarse, el Molino de Pérez se convirtió en un barrial colorido. En el escenario de espaldas al mar la música animaba la reunión, pero la causa que reunía a miles de uruguayos no era presenciar un recital. La reunión fue política: de la política nueva, del siglo XXI. Los amigos de la marihuana estaban allí reclamando más libertad. Quienes se juntaron en el Molino pidieron festivamente el fin de una prohibición ridícula que afecta a miles de uruguayos e implica el riesgo de ir a la cárcel por compartir un porro o cultivar una planta en el ámbito privado del hogar.

Pocos días antes, un trabajador floridense había sido procesado con prisión por regar y cuidar una sola plantita de Cannabis sativa en su taller. Parecería que la justicia uruguaya hubiese querido, previo al acto, dejar en evidencia los disparates de una prohibición sostenida desde la ignorancia o por el interés de agitar miedos nuevos, ahora que el cuco del comunismo perdió vigencia. La marihuana es subversiva y eso se demostró en el Molino de Pérez.

Subvierte los preconceptos. Allí se abrazaban ricos y pobres. Canosos y adolescentes eran capaces de compartir un espacio de comunicación. Viejos amigos se confundían en abrazos apretados. Desconocidos se transmitían energía haciendo un pogo cuando la música los alegraba. Avanzaba la tarde y la gente seguía llegando. Unos pocos, poquísimos, los que abusaron del legal alcohol en tetra brick mostraban el peligro que siempre encierran los excesos. La mayoría eran clásicos uruguayos, muchos con termo y mate, cuando no con carritos de bebés. Había jóvenes erotizados que se besaban apasionadamente y peinados raros que ya no son tan nuevos.

La prohibición a la marihuana tiene un claro origen económico. En la sociedad industrial es subversiva porque nadie acepta un trabajo rutinario, nadie acepta la explotación, después de haber fumado.

A los indígenas explotados en las minas se les permitía mascar coca, a los gauchos se los dejaba tomar mate. Pero la base de la economía de este siglo radica en la creatividad, no tanto en la fuerza física, y por eso a ningún empresario de publicidad o diseño se le ocurriría controlar si sus trabajadores- artistas fuman o no.



Los partidos conservadores ofrecen a los jóvenes lo viejo y sabido. En el nacionalismo, Javier García lo ha sintetizado muy bien en una frase: "Desde ya que no compartimos legalizar la marihuana. Ese modelo de sociedad no es el que queremos, que en definitiva de eso es que estamos hablando", escribió en un editorial en el diario El País.

Varios debates vinculados a los futuros derechos humanos de los uruguayos se abren paso gradualmente. Si la sociedad discute sobre ellos se presenta la gran

oportunidad de articular solidaridad con libertad: derechos para los homosexuales, libertad e información para que las mujeres decidan cuántos hijos quieren tener, marihuana sin el estigma de la criminalidad. Tras más de 20 años del fin de la dictadura, la libertad intenta madurar nuevos logros cobijada por la esperanza de que "hay otra manera".

El 5 de mayo hubo un acto político importante en el Molino de Pérez. No fue un "acto de masas". Allí no hubo líderes iluminados que hablaran a una multitud homogénea. Fue un acto de la diversidad, de la creatividad y de la esperanza en simultáneo con otras 220 ciudades del planeta. Ese día, en Montevideo, a miles de personas no les importó el frío ni el barro ni la presunción de ser acusados de "drogadictos" por quienes siempre se opondrán a los cambios. Seguramente el año próximo serán muchos más los que desde la calma y la alegría se propongan mostrar que hay prohibiciones obsoletas. Si progresismo quiere decir más libertad, más innovación en la economía del conocimiento -acallados los ecos iniciales de la reunión del 5 de mayo-, se debería leer con atención lo sucedido. E. B. ◀◀



NEVADA
FILTER AMERICAN BLEND

Tal como somos.